

## Tema de reflexión

### El Dr. Alberto Guevara Rojas

(Testigo y protagonista en la memoria de la medicina mexicana)

Baltazar Barrera Mera,<sup>1</sup> Ayax Ochoa Romo,<sup>1</sup> Rosalinda Guevara Guzmán<sup>1</sup>

<sup>1</sup>Departamento de Fisiología, Facultad de Medicina, UNAM

«*La vida de los que han muerto, se prolonga en la memoria de los vivos»*

Anónimo

Al cumplirse recientemente un siglo de la fecha de nacimiento del doctor Alberto Guevara Rojas, es de elemental justicia enfatizar en que al citar su nombre, estamos hablando de alguien cuya presencia fue paradigmática en la memoria de la medicina mexicana del Siglo XX y cuya personalidad se proyecta aún hacia la del siglo actual.

Dentro de la serie de facetas de su perfil como profesionista y como ser humano, destaca la de educador; delicada labor a la que se entregó con celo y dedicación en beneficio de la comunidad científica mexicana. De ello pueden dar testimonio las numerosas generaciones de estudiantes formadas bajo su tutela en el campo de la fisiología, materia básica y fundamental en el Programa de Estudios de la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional Autónoma de México.

El Maestro Guevara, como lo llamamos los que tuvimos la fortuna de conocerlo, fue oriundo del estado de Puebla, donde nació el 18 de enero de 1907. Esta fecha lo colocó en un momento ideal para ser testigo y posteriormente protagonista, en el contexto de los numerosos cambios sociales que habrían de darse en el mundo, a los que México no podía ser ajeno. Así por ejemplo, fue un año después en que don Santiago Ramón y Cajal fue galardonado con el Premio Nobel en fisiología y medicina, disciplinas ambas, a las que el doctor Guevara después dedicaría toda su vida. Supo integrarlas con sabiduría, de tal forma, que en el Departamento de Fisiología lo considerábamos como clínico entre los fisiólogos y en la práctica hospitalaria, como fisiólogo entre los médicos. A ellas les entregó largas vigencias y junto con otras obligaciones y compromisos familiares, también sacrificó en su beneficio, hasta el tiempo dedicado a su muy escaso esparcimiento personal.

En charlas extraprofesionales, a sus más allegados, nos describía el ambiente universitario que privaba en México por el año 1925, cuando él terminaba sus estudios de bachillerato en la Escuela Nacional Preparatoria y tenía que ele-

gir la profesión a la que en adelante dedicaría su vida. Nos hablaba con entusiasmo del amplio y contagioso movimiento renovador que se percibía en el ámbito de la enseñanza y del cultivo de las distintas ramas de la medicina. El líder indiscutible de ese movimiento y principal impulsor de la reforma, había sido el doctor Ignacio Chávez. El doctor José Joaquín Izquierdo, al frente del entonces recientemente creado Laboratorio de Fisiología de la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional Autónoma de México, le resultó un apoyo e invaluable intérprete de esa postura ideológica.

Cabe señalar que con la llegada a nuestro país de muy distinguidas personalidades, como resultado de la emigración de exiliados españoles, hacia el año de 1944, el ambiente de la comunidad mexicana, no sólo la científica sino también la intelectual, había adquirido tintes excepcionales de superación.

Con la joven y dinámica madurez de sus 37 años, el doctor Guevara seguía con atenta mirada la fecunda labor de personalidades de los campos de la ciencia, la filosofía, la literatura y el arte en general, de la talla de Isaac Costero, Francesc Girál, Rafael Méndez, José Puche, Jaume Pi Suñer, así como la obra de Wenceslao Roses, José Gaos, Max Aub y Luis Buñuel.

Involucrado en ese movimiento, y ya en calidad de profesor, el doctor Guevara Rojas propuso en 1944 el Programa de Enseñanza de Fisiología General, cuya aportación más importante fue la de incorporar por primera vez, la observación de las estructuras vivas, concebidas como transformadoras energéticas y materiales, sujetas a las leyes de la Física y de la Química. Con ello le daba a su propuesta un contenido semejante al programa, que desde el Siglo XIX, lanzara el fisiólogo francés Claude Bernard.

Su enorme curiosidad intelectual llevó al doctor Guevara a estudiar a fondo y a dominar de manera excepcional, el conocimiento sobre la regulación de los mecanismos homeostáticos de los líquidos corporales y la fisiología del riñón; temas que habían sido áreas centrales de estudio para investigadores como: EH Starling,<sup>7</sup> EB Verney A,<sup>8</sup> Gilman,<sup>4</sup> K Olson,<sup>5</sup> HW Smith,<sup>6</sup> B Anderson JL,<sup>1</sup> Gamble<sup>3</sup> y para el mismo Claude Bernard.<sup>2</sup>

Adquirió su sólida formación profesional inicialmente en México al lado de los doctores José Joaquín Izquierdo y Fernando Ocaranza y posteriormente la perfeccionó en los Estados Unidos en los centros experimentales de los doctores Carl Wigers y HW Smith. Refiriéndose a este último, modesta y coloquialmente el doctor Guevara lo llamaba: «mi antiguo patrón, el profesor Smith».

«Por sus frutos los conoceréis» reza la sentencia bíblica y en ese sentido, la calidad y el rigor académico que le eran característicos, fructificaron y lo trascendieron, sobre todo por el acierto con el que aprendieron el método experimental y luego supieron aplicarlo las nuevas generaciones de profesionales de la medicina y de la fisiología en particular. Se pueden citar entre sus numerosos alumnos, nombres tan destacados como el de los doctores Raúl Hernández Peón, Carlos Alcocer Cuarón, Hugo González Serratos, Mauricio Rusek, Dieter Maschert Gramlich, Héctor Brust Carmona y Juan Ramón de la Fuente.

Su desempeño fue excepcional al ejercer sus funciones en los diferentes cargos que le fueron encomendados. Entre ellos estuvieron el de Jefe de Análisis Clínicos del Pabellón 5 del Hospital General, Jefe del Departamento de Fisiología y después Secretario General de la Facultad de Medicina, por lo cual, y por plenos merecimientos, la Universidad Nacional Autónoma de México en un acto de cabal justicia le otorgó el nombramiento de Profesor Emérito y Premio Universidad Nacional en el área de la docencia.

Se dice que el secreto para la elaboración de una obra maestra está en saber conjuntar la perfección en la técnica con el amor a lo que se está haciendo. El resultado se asemeja a lo obtenido por el doctor Guevara en su diaria labor. Esa manera de actuar lo convirtió en un protagonista indispensable en el ámbito de la investigación científica. De ello podemos dar testimonio todos los que nos llegamos a acercar a él para pedirle su opinión sobre algún trabajo experimental que planeáramos desarrollar. Independientemente de lo avanzado o incipiente de nuestra propuesta, su juicio siempre fue emitido con equilibrio entre el rigor del investigador y la emoción del ser humano que amaba lo que hacía.

Sentimos que la presencia estrecha y continuada con Guevara Rojas, aún continúa entre los que lo conocimos cada vez que platicamos, discutimos y analizamos nuestros proyectos, tal como lo hacíamos con él. Lo recordamos como alguien que supo dar calor a su pensamiento e impregnar su trato de una suave pero rigurosa precisión. En la mente de muchos de nosotros existe el recuerdo de su charla clara,

directa e interesante, conducida con sabiduría, sobre todo cuando se refería a sus profesores y compañeros. Los nombres de don Fernando Ocaranza, don Gustavo Baz, Demetrio Sodi Pallares, José Joaquín Izquierdo Raudón, Ernesto Guevara y Aquilino Villanueva, protagonistas todos ellos de uno de los capítulos más relevantes de la historia de la investigación científica mexicana, fueron siempre pronunciados por él con respeto.

La Facultad de Medicina alcanzó todavía durante la vida del doctor Guevara, a proporcionarle la satisfacción de que supiera que su nombre se perpetuaría al dárselo a una de las aulas del Departamento de Fisiología. No sucedió lo mismo cuando su nombre fue impuesto a uno de los Auditórios de la Facultad, pues esto ocurrió poco después de su fallecimiento.

Del doctor Guevara se puede afirmar que formó parte de una generación que empeñó su vida entera en una noble lucha en beneficio de la calidad en la enseñanza. Su memoria se enaltece al considerar que se trató de una lucha justa y noble. Y cuando un guerrero muere en esa batalla, esa memoria alcanza tintes de eternidad.

De él se puede decir que no hay exageración si se afirma que fue una de esas personas en cuya tumba, no sólo está su corazón, sino también muchos otros; los de los innumerables alumnos y compañeros que lo seguirán añorando y respetando su recuerdo a lo largo de los años.

## Referencias

- Anderson B. The effect of injections of hypertonic NaCl-solution into different parts of the Hypothalamus of gotas. *Acta Physiol Scand* 18, 188: 201; 193.
- Bernard C. Lecons Sur les phénomènes de la vie communs aux animaux et aux végétaux Bailliére et fils Paris 1878; 1: 111-124.
- Gamble JL. Body Fluid changes due to continued loss of external secretion of the pancreas. *Journal of Exptl Medicine* 1928; 42: 859-864.
- Gilman A. The relation between blood osmotic pressure fluid distribution, and voluntary water intake. *Am J Physiol* 1937; 120: 323-328.
- Olson K. Dipsogenic effects of intracarotid infusion of various hyperosmolal solutions. *Acta Physiol Scand* 1972; 85: 517-522.
- Smith HW. Salt and water volume receptor. *Am J Medicine* 1957; 23: 623-652.
- Starling EH, Verney EB. The Secretion of urine as studied in the isolated kidney. *Proc Roy Soc B* 1925; 97: 321-361.
- Verney EB. The antidiuretic hormone and the factors which determine its release. *Croonian Lectures Proc Roy Soc B* 1947; 135: 21-106.